

Entre Troya y Siracusa

Domingo Miras

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

ALCIBÍADES, *político y general ateniense.*

SÓCRATES, *filósofo.*

EURÍPIDES, *autor de "Las troyanas".*

Actriz.

Actor.

CALCAS, *adivino representado.*

XANTIPA, *esposa de Sócrates.*

La acción en Atenas, en 415 a.C., el día del estreno de "Las troyanas".

En el tablado que se alza en la vía pública, se halla ALCIBÍADES. Es un hombre guapo, de treinta años. En una esquina del tablado hay una gran cratera; de ella llena ALCIBÍADES una gran copa, y bebe largamente. Se limpia la boca con elegancia, utilizando el borde de su túnica, y se dirige al público.

ALCIBÍADES.- ¡Atenienses! ¡Compatriotas! ... ¡Atenienses, escuchadme!

Deteneos y escuchadme, os lo ruego, no tengáis prisa. Dejad que vuestros negocios os esperen un poco, no por eso ha de arruinarse vuestra hacienda.

Mirad, amigos, que estos son días de fiesta y nadie trabaja, ved que hasta los prestamistas fenicios se perfuman la barba y acuden al gimnasio, a ver a los desnudos efebos que hacen piruetas. Queridos atenienses, siempre me habéis escuchado, ¿no lo haréis ahora? Todos me conocéis, soy Alcibíades, sobrino de Pericles, el último y el más alegre de los Alcmeónidas. ¿Os acordáis de cuando le corté el rabo a mi perro para haceros reír? Eso no lo habéis olvidado, estos, seguro... Bien está que no recordéis que soy el jefe del partido democrático y el general del ejército de la ciudad gracias a vuestro voto, pero no os perdonarla si olvidaseis lo de mi pobre perro, o los siete carros que hice correr por mi cuenta en la octogésima séptima olimpiada para aseguramos el triunfo a los atenienses; no, amigas, las pruebas de amor que os he dado no las podéis olvidar, no... ¡Bien, amigos míos! En nombre de ese amor que os tengo y que sé que me tenéis, os pido que me escuchéis con atención. Abrid bien las orejas, porque os voy a pedir algo que jamás os he pedido. Os voy a pedir, oídme bien, que vengáis al teatro esta noche, que vengáis al teatro por encima de todo. ¡Al teatro, al teatro, al teatro! Ahora pensáis, sin duda: y, ¿por qué hemos de acudir al teatro hoy especialmente y qué le importa a Alcibíades que vayamos o no? ¿Acaso Eurípides le ha prometido el lecho de su hija, o tal vez el suyo propio, con tal de que le llene la cávea de un público devoto? Difícil es lo primero, puesto que Eurípides carece de hijas, y qué diré de lo segundo, con los setenta y un años que ya pesan sobre sus espaldas...No, amigos míos, la lascivia no es la causa de mi

presenciaante vosotros... **(Se vuelve a llenar la copa y bebe de nuevo.)**

SÓCRATES.- **(Entre el público, mientras ALCIBÍADES bebe.)** ¿Es el vino, entonces?

ALCIBÍADES.- **(Dejando de beber inmediatamente.)**
¡Maestro! ¡Oh, por Apolo! Ahí está Sócrates, mi maestro, escuchándome entre la multitud, como si el discípulo fuera él y el maestro yo! ¡Maestro, querido maestro! Pero, ¿qué haces ahí, escuchándome desde abajo, como un perro? ¡Sube, sube aquí inmediatamente! Vamos, sube te digo.

SÓCRATES.- ¿Para qué he de subir? Yo siempre hablo con los pies en el suelo y eso no me impide ser oído por todos, lo sabes muy bien.

ALCIBÍADES.- Aun así, esta vez subirás a mi lado y beberás de mi copa.

SÓCRATES.- ¡Ah, bien, eso ya es otra cosa! Hace calor, y un trago fresco no lo rechazaré. **(Mientras sube.)** ¡Ay, Alcibíades, Alcibíades, cómo te echaste a perder cuando te dedicaste a la política! ¡Nunca pensé que tuvieras tan poca vergüenza!

ALCIBÍADES.- ¿Vas a zaherirme públicamente?

SÓCRATES.- Las faltas públicas deben tener castigo público, amigo.

Bien, dame la copa.

ALCIBÍADES.- ¡Maestro ingrato! Soy el discípulo que más te ha querido y peor has tratado.

SÓCRATES.- No, sino el que más prometía y más me ha defraudado. Eras más brillante que Platón, más generoso que Jenofonte, y más dulce que Fedro, no ha nacido en Grecia nadie tan dotado como tú, ya te criaba para que fueses un filósofo sublime, ¿y tú que haces? Me abandones, te lanzas a la política, te conviertes en un estratega y te pones a ganar batallas a los lacedemonios... ¡que te maldiga Hécate! ¿Son acaso esas las ocupaciones de un hombre honrado? **(Bebe.)**

ALCIBÍADES.- ¿Prefieres que los lacedemonios nos venzan, declaren abolida nuestra Constitución, y nos pongan a todos a

marcar el paso al son del tambor, como hacen en Esparta?

SÓCRATES.- (Termina de beber.) ¡Oh, qué dulcísima cosa que es el vino!

ALCIBÍADES.- No has contestado a mi pregunta, Sócrates. Di, ¿te gustaría que los atenienses estuviesen gobernados por Esparta, y cada ciudadano fuese un guerrero educado en un cuartel desde los siete años, sin más ocupación a lo largo de su vida que la disciplina militar? ¡Poco tiempo te quedarla para la filosofía, maestro!

SÓCRATES.- Cierto que no me agrada, Alcibíades, pero, ¿estamos acaso en peligro de que tal cosa ocurra? ¿Es que no estamos en paz con Esparta desde hace seis años?

ALCIBÍADES.- En paz estamos, aunque en una paz incierta y peligrosa, pues Esparta es cada día más fuerte y aplastará a Atenas, si Atenas se descuida.

SÓCRATES.- Y, para no descuidarse, Atenas gasta en su ejército durante la presente paz muchísimos más fondos públicos de los que gastó en las pasadas guerras.

ALCIBÍADES.- No podemos permitir que el equilibrio de las armas se rompa en favor de Esparta.

SÓCRATES.- Eso es lo que siempre acabáis diciendo los partidarios de la guerra.

ALCIBÍADES.- ¡Cómo, Sócrates! ¿Que yo soy partidario de la guerra?

SÓCRATES.- Sí, tú.

ALCIBÍADES.- ¡No, no, no! Te equivocas. Yo soy partidario de la paz, naturalmente. De lo que no soy partidario, ni lo ser nunca, es de la claudicación. Los pacifistas del partido de Nicias sois los que debilitáis a la ciudad, y eso beneficia directamente a los lacedemonios.

SÓCRATES.- Nos conocemos, amigo. A la victoria es a lo que tú llamas paz, y a la paz llamas claudicación. Pero no nos has dicho por qué quieres que vayamos esta noche al teatro.

ALCIBÍADES.- ¡Oh, Sócrates, nunca me entenderás! Y me duele, porque yo te quiero de verdad.

SÓCRATES.- Escúchame, Alcibíades: dices que me quieres y yo sé que es verdad, pero también sé que yo te quiero a ti mucho más que tú a mí, y eso es lo que tú te empeñas en ignorar. Piensas que quererte es estar de acuerdo contigo y no señalarte tus errores, y yo pienso justamente lo contrario.

ALCIBÍADES.- Muchas veces me acuerdo de la batalla de Potidea, Entonces sí que me querías.

SÓCRATES.- No más que ahora, y eso que entonces eras una promesa y ahora eres una decepción.

ALCIBÍADES.- ¡Con qué decisión te echaste adelante y me salvaste la vida!

SÓCRATES.- No sigas, te lo ruego, que me vas a avergonzar.

ALCIBÍADES.- (Al público.) Atenienses ¿veis a este hombrecito, que parece insignificante y se pasa la vida charlando en el ágora? De dos zancadas se puso a mi lado al verme caer, y me cubrió con su escudo para que en él se rompieran las dos lanzas que venían a mi cuello. Levantó luego la suya y avanzó despacio hacia los dos contrarios, igual que un león que defiende a su cría, y ellos huyeron sin atreverse a esperarle. Decidme, amigos, ¿puedo yo olvidarme de aquel día sin ser el más ingrato de los hombres? Tú lo habrás olvidado, Sócrates, porque eres generoso, pero yo nunca lo olvidaré, te lo juro.

SÓCRATES.- Ni yo tampoco, hombre, cómo lo voy a olvidar, si eras el chico más guapo del ejército.

ALCIBÍADES.- Y si yo te gustaba, ¿por qué no...? ¿Eh?

SÓCRATES.- Porque yo, que soy un hombre feo, gusto de la belleza que no tengo, pero para mirarla nada más, amigo, no para poseerla como se posee a un animal a mí no me atrae mucho la posesión, y creo que las cosas son más hermosas si no las miramos demasiado de cerca. Y, volviendo a lo de antes, sigues sin explicarnos tu interés por nuestra presencia en el teatro.

ALCIBÍADES.- Me lo ha pedido el gran sacerdote del templo de Dyonisos. Quiere que el público vaya esta noche al teatro sabiendo de antemano la intención y el mérito de la pieza, y como el director de escena no tiene tiempo para esos menesteres, me lo ha encargado a mí.

SÓCRATES.- ¿Y tú sí tienes tiempo?

ALCIBÍADES.- Yo tampoco, pero no puedo decir que no al gran sacerdote de Dionisos.

SÓCRATES.- Quieres dejar fama de piadoso, antes de salir con la flota para destruir Siracusa.

ALCIBÍADES.- Para destruirla, no: para castigarla. Pues, sí: quiero dejar en Atenas una idea favorable de mi conducta religiosa.

SÓCRATES.- Así, nadie sospechar que has participado en el sacrilegio múltiple que preparas con tu pandilla de amigos para la última noche de orgía, antes de salir con la expedición.

ALCIBÍADES.- ¿Qué dices, Sócrates? ¿De qué sacrilegio hablas?

SÓCRATES.- De mutilar los falos de todos los Hermes que hay en las esquinas de la ciudad.

ALCIBÍADES.- ¡Oh, por Apolo, eso es la calumnia de un borracho! ¿Le has dado crédito?

SÓCRATES.- Puesto que la confidencia procede de un amigo tuyo, no hay duda de que, en efecto, procede de un borracho. Por cierto, dame más vino, que hace calor.

ALCIBÍADES.- Toma el que quieras, y no pienses más en esa barbarie de los Hermes.

SÓCRATES.- (Llenando la copa.) ¿Por qué no cumples lo que has prometido al sacerdote? Tienes que animar al público a que acuda al teatro. Adelante, pues, animador.

ALCIBÍADES.- No te burles, malvado. Dime, ¿piensas ir esta noche al teatro?

SÓCRATES.- Naturalmente.

ALCIBÍADES.- (Al público) ¡Ya lo habéis oído! Si Sócrates, que es el sabio más grande de Atenas, va a ir al teatro, ¿os vais a quedar vosotros en vuestras casas? Todos debemos imitar a los sabios, a fin de no ser tachados de necios. Y ¿por qué acude Sócrates al teatro? Porque espera pasarlo bien, ¿no es cierto? Porque sabe que la función de esta noche es una gran función, el eminente Eurípides ha escrito una formidable

trilogía, atenienses: "Las Troyanas", "Alejandro" y "Palamedes" son tres grandes tragedias, pero, sobretodo, "Las Troyanas" son algo magnífico, ya lo veréis.

SÓCRATES.- ¿Tú has leído la obra?

ALCIBÍADES.- Desde que hago política, ya no tengo tiempo de leer nada, maestro, aunque todavía voy al teatro, no como otros. El sacerdote me ha dicho de lo que trata la representación de esta noche, y me parece que todos deben verla, porque sentirán estimulados sus sentimientos patrióticos.

SÓCRATES.- ¡Qué me dices! Pues, ¿cual es el tema de la pieza?

ALCIBÍADES.- Las desgracias de las mujeres troyanas después de la destrucción de su ciudad.

SÓCRATES.- ¿Y eso ha de estimular el patriotismo de los atenienses? La guerra de Troya tuvo lugar en tiempos remotos, muchos siglos han pasado, y no veo cómo estimularán nuestro patriotismo las lágrimas de unas pobres mujeres de las que ya no queda ni el polvo de los huesos.

ALCIBÍADES.- Los griegos tomamos a Troya en el pasado, y tomaremos a otras ciudades en el futuro. En el puerto de Corcira tenemos preparada una flota de ciento treinta y cuatro trirremes en la que Nicias, Lámaco y yo conduciremos a veinte mil hoplitas de pesada armadura para aplastar a la ciudad de Siracusa, que se ha atrevido a menospreciar a Atenas. Esta noche, los atenienses recordarán en el teatro su victoria de ayer y dispondrán su corazón para la victoria de mañana. Por eso digo que el teatro estimulará nuestro patriotismo.

SÓCRATES.- Y dices bien, querido, pero me queda una pequeña duda, y es que tal vez puedan pensar no sólo en la victoria, sino en lo que por ella se paga. Acuérdate de cuán pocos de los que tomaron a Troya volvieron a sus casas, y de lo que se encontraron al volver los que volver consiguieron. ¿No crees que eso puede enfriar los ánimos de los que tienen que ir a Siracusa?

ALCIBÍADES.- No, Sócrates, de ninguna manera. "Las troyanas" no habla de las desgracias de los griegos vencedores, sino de las calamidades de los troyanos vencidos.

SÓCRATES.- Ah, tienes razón. Pero, seguramente las calamidades de esas pobres mujeres vencidas moverán a compasión al público, ¿no es así? Y hasta podrían hacerle pensar que tal vez un día sus mujeres e hijas se vean en una situación parecida, ¿no?

ALCIBÍADES.- No, Sócrates, no. No podemos pensar que, en víspera de la salida de la flota en una misión de guerra, Eurípides haya escrito con una intención tan contraria a los intereses de su patria.

SÓCRATES.- ¿Y quién te dice a ti que Eurípides piensa igual que tú sobre los intereses de la patria?

ALCIBÍADES.- El mismo nos lo dirá, que ya hace rato que lo veo entre esa gente, oyéndonos hablar sin decir nada, aunque con gesto burlón. Ven, Eurípides, ven y alumbranos a Sócrates y a mí, que queremos saber algo de la obra que estrenas esta noche.

EURÍPIDES.- Salud, Alcibíades, Sócrates, salud. (**Sube.**)

SÓCRATES.- También yo te deseo un cuerpo saludable y un ánimo sereno, que en vísperas de estreno dicen que andáis los dramaturgos muy desasosegados

EURÍPIDES.- ¡Oh, Sócrates, si pudieras ver en mi interior! El cerúleo ponto nunca ha conocido tempestades como las que agitan mi corazón en los días de estreno.

ALCIBÍADES.- (**Mientras SÓCRATES ríe y palmea la espalda de EURÍPIDES.**) Pues no tenías el rostro muy turbado, mientras ahora mismo nos oías a Sócrates y mí.

EURÍPIDES . Me divertía vuestra discusión.

ALCIBÍADES.- Sé tú el árbitro en ella, y dirime la cuestión. Dinos cual era tu intención cuando escribías "Las troyanas".

EURÍPIDES.- Yo soy un partidario de la paz, Alcibíades, y creo que todo hombre sensato deber amar la paz y odiar la guerra.

ALCIBÍADES.- También yo amo la paz, amigo mío, aunque a veces haya que sacrificarla cuando el interés de la patria nos la exige.

EURÍPIDES.- ¿Puede, acaso, a la patria interesarle la guerra

más que la paz?

ALCIBÍADES.- Eso puede ocurrir en muchas ocasiones, según las circunstancias.

SÓCRATES.- Explícale, Alcibíades, explícale la razón que justifica la guerra que vamos a emprender contra la ciudad de Siracusa.

ALCIBÍADES.- Eso todos lo saben, y Eurípides también: estamos obligados a entrar en esa guerra a causa de nuestra alianza con Segesta.

EURÍPIDES.- Pues maldita sea la alianza cuyo objeto es hacernos participar en una guerra que nadie deseamos. Es locura entrar en esas alianzas, y es locura permanecer en ellas una vez que se ha entrado. Que no se nos diga que es muy fácil entrar y difícil salir. El pueblo debe votar cuanto antes si desea conservar o no tal alianza, y no debe iniciarse ninguna operación de guerra sin que el pueblo hay a decidido antes si hay guerra o no la hay.

ALCIBÍADES.- El pueblo no tiene los conocimientos necesarios para adoptar esa decisión.

EURÍPIDES.- En ese caso, tampoco los tiene para elegirte a ti como gobernante y, sin embargo, te eligió con sus votos, y tú gobiernas muy ufano de esos votos que obtuviste.

ALCIBÍADES.- ¡Oh, Eurípides, estás hablando como un demagogo!

EURÍPIDES.- ¿Y no hiciste tú demagogia en tu campaña electoral?

SÓCRATES.- ¡Basta ya, basta!

ALCIBÍADES.- ¿Cómo te atreves a decir que yo...?

SÓCRATES.- ¡Basta, digo! ¡Alcibíades, silencio! Si aún me consideras tu maestro, obedéceme y no repliques.

ALCIBÍADES.- ¡Ay, maestro, maestro, y aún dirás que no te amo!

SÓCRATES.- Bien, amigos, la disputa ha terminado, y os vais a dar la mano.

ALCIBÍADES.- ¡Eso sí que no! ¡Ha dicho que soy un demagogo!

EURÍPIDES.- ¡Tú me lo has dicho a mí antes!

SÓCRATES.- ¿Pero, qué es lo que sois? ¿Dos atenienses que utilizan la razón, o dos bárbaros, esclavos de sus pasiones?

EURÍPIDES.- Alcibíades, aquí está mi mano, ¿me das la tuya?

ALCIBÍADES.- Bueno, tómala...

SÓCRATES.- Vaya, menos mal. He tenido que apelar a vuestro orgullo de ciudadanos de Atenas, que es una pasión de vuestro hígado y no una razón de vuestra mente, pero, en fin, qué le vamos a hacer... Si vosotros sois de los más cultivados de la ciudad, qué serán los demás...

ALCIBÍADES.- Vamos a beber, que es un vino excelente. Del templo de Dyonisos. Toma, Eurípides, verás qué delicia.

EURÍPIDES.- (Tras beber.) ¡Oh, dioses inmortales! ¡Qué néctar!

SÓCRATES.- Dame a mí otro poco; dame, que me tienes, seco.

ALCIBÍADES.- ¡Sócrates, Sócrates, que vas a perder la templanza!

SÓCRATES.- Bebamos, bebamos los tres cuanto nos pida el cuerpo, y que Eurípides nos cuente algo de esas "Troyanas" que tan impacientes nos tienen.

EURÍPIDES. ¡Bah, y qué os voy a decir! ¡Ya lo veréis esta noche!

ALCIBÍADES.- Es que ese tema de las desgracias de las mujeres de Troya después de destruida su ciudad, y a lo trataste antes, al menos en "Hécuba" y en "Andrómaca", y o las vi hace años. ¿Qué asunto has escogido esta vez?.

EURÍPIDES.- He reunido varios lances, como hago siempre, para que haya variedad... Aunque el episodio principal ha sido el destino del hijo de Héctor y de Andrómaca...

SÓCRATES.- ¡Ah, el pobre Astianacte! El momento más tierno y delicado de la Ilíada gira en torno de este niño que aún está en los brazos maternos...

ALCIBÍADES.- Cuando llora de miedo al ver el negro

penacho de la cimera de su padre, y éste se quita el casco a toda prisa para que se tranquilice...

EURÍPIDES.- Precisamente, Alcibíades. He tenido siempre a la vista ese episodio de la Ilíada y, sin duda, ese es el origen, la primera fuente en que me inspiré para escribir "Las troyanas".

SÓCRATES.- Pero esa escena de la Ilíada, pienso que no la habrás reproducido en tu tragedia.

EURÍPIDES.- Naturalmente que no: me lo impedía el principio de unidad de tiempo, pero bien que lo lamento. Muchos espectadores de esta noche no habrán leído la Ilíada y, si pudieran ver esa. escena, estarían en antecedentes.

ALCIBÍADES.- ¿Y por qué no aprovechas esta tribuna para hacerles ver esa escena? Casi todo el público que asistirá al teatro la tenemos ahora ante nosotros, y hasta algunos de tus actores deben de estar entre ellos.

EURÍPIDES.- Pero la Ilíada no es una obra de teatro, sino un poema... ¿Qué vamos a hacer? ¿leer ese trozo?

ALCIBÍADES.- No, no, represéntalo como si fuera teatro... Los actores improvisan, tú adaptas un poco al dirigirlo... En fin, algo vivo, aunque no tenga grandes pretensiones...

SÓCRATES.- Alcibíades, me llena de alegría ver con qué celo animas a Eurípides para que nos ofrezca ese complemento de su obra, haciendo aún más explícito su contenido en pro de la paz entre los hombres.

ALCIBÍADES. Tengo curiosidad por ver la representación y, de todos modos, sé muy bien que jamás una función de teatro ha evitado ni evitará una guerra.

EURÍPIDES.- ¡Ah, quien sabe, quien sabe!

SÓCRATES.- ¡Pobre Eurípides! ¿Serán todos los dramaturgos igual de tontos?

ALCIBÍADES.- No lo dudes, Sócrates. Especialmente el día del estreno.

EURÍPIDES.- ¡Ahí hay actores míos, sí, hay varios! ¡Ahí está Eumeo, que representa a Ulises en la función, y la hermosa Mirrina, que hace de Andrómaca. ¡Venid, amigos, subid, no tengáis miedo! Traed también al niño, si... Veréis, vamos a

hacer... Perdón, no os conocéis... Este es Sócrates, hijo de Sofronisco, y a éste, quien no le conoce, Alcibíades Alcmeónida; y, aquí, mis actores: Mirrina, hija de Cleóbulo, y Eumeo, de Polites...

SÓCRATES.- ¡Por el perro, una mujer sobre la escena!

EURÍPIDES.- Ya lo han hecho los megarenses, podemos hacerlo también nosotros.

ALCIBÍADES.- Una vergüenza para Atenas, no haber sido la primera en las innovaciones... **(A los actores.)** Pero, yo y a os conozco a los dos, hemos compartido algún banquete, ¿verdad? ¿Estáis bien? ¿No hay muchos nervios?

MIRRINA.- Algunos...

EUMEO.- ¿Qué tal, Alcibíades, cómo está tu mujer?

ALCIBÍADES.- Hombre, tú siempre tan oportuno...

SÓCRATES.- Yo te he visto recitar en casa de Agatón, Mirrina. Te admiro muchísimo, eres una artista excepcional.

MIRRINA.- ¡Sócrates, qué alegría me das! ¿De verdad te gusta mi trabajo?

SÓCRATES. Con delirio, Mirrina, te lo juro por Hécate triforme.

MIRRINA.- Bueno, estoy emocionada, tu opinión es importantísima, tú eres un sabio muy superior a los que nos vienen de Jonia, lo sé por tu discípulo Platón, que habla de ti maravillosamente...

SÓCRATES.- ¿Conoces a Platón?

MIRRINA.- Sí, un poco... Le conoce todo el mundo, como escribe tan bien...

SÓCRATES.- Sí, tiene buen estilo, sí, el muchacho...

EURÍPIDES.- Bien, dejad ya la charla y escuchadme, vamos a hacer una improvisación sobre el final del canto VI de la *Iliada*, ya sabéis, cuando se despiden Héctor y Andrómaca... Eumeo, tú harás el papel de Héctor, ¿te parece? Y tú, Mirrina, Andrómaca, naturalmente, lo mismo que en la representación de la noche... El narrador que hará falta, lo puedo hacer yo mismo...

EUMEO.- Oye, Eurípides, pero qué estás diciendo, tú estás loco, así, de repente...

MIRRINA.- Sin saber el texto, sin ensayar...

EURÍPIDES.- ¡Pero ya os he dicho que es una improvisación!

EUMEO.- ¡Pero qué improvisación, con todo este público delante, hombre, qué improvisación!...

MIRRINA.- ¡Yo, sin saberme el texto, no puedo actuar, es que no puedo!... Alcibíades, cariño, convéncele, dile que no puede ser...

ALCIBÍADES.- A mí no me hará caso, basta que yo diga blanco para que él diga negro...

MIRRINA.- Sócrates, te lo ruego, hazle entrar en razón, tú eres un gran filósofo y te escuchará ...

SÓCRATES.- Pero no os alarméis, si no es más que una experiencia elemental, no es una representación en regla...

EURÍPIDES.- Podéis tener el papel en la mano, y de vez en cuando echáis un vistazo...

MIRRINA.- (Menos enérgica.) No sé... Es que a mí, esas chapuzas...

EUMEO.- ¿Ves? Ya nos está convenciendo... ¡Si nos hubiéramos ido a la playas de Sunion, mejor estaríamos!

SÓCRATES.- ¡Sunion donde se mató Egeo, qué horror! ¿No os da miedo bañaros allí?

EUMEO.- Los cómicos no le tenemos miedo más que al público.

MIRRINA.- En fin, ¿qué es lo que hay que hacer?

EURÍPIDES.- Veréis, es muy sencillo. Se trata de dramatizar el trozo ese de la Ilíada, ya sabéis, la despedida de Héctor y Andrómaca, ¿os acordáis?

EUMEO.- ¡Si, hombre si, claro que nos acordamos!

EURÍPIDES.- Pues no tenemos más que coger unos ejemplares de la Ilíada, para leer...

MIRRINA.- Pero, ¿el texto va a ser el mismo de la *Iliada*, sin retocar?

EURÍPIDES.- Naturalmente, no querrás que me ponga yo a retocar a Homero...

MIRRINA.- ¡Bah, entonces es fácil: yo eso lo recitaba de chica en la escuela!

EUMEO.- ¡Toma, y yo!

EURÍPIDES.- Pues, en ese caso, no hay dificultad...

MIRRINA. Bueno, la cuestión es que me acuerde...

SÓCRATES.- (**Del bolsillo interior de su túnica, saca un pequeño libro.**) Yo llevo siempre un ejemplar de la *Iliada*, para mis citas; si lo quieres.....

MIRRINA.- ¡Ay, Sócrates, cómo te la agradezco! ¡Qué gentil, qué hombre encantador!

SÓCRATES.- ¡Bah, pero si no es nada!...

ALCIBÍADES.- Maestro, ya te has ganado el corazón de esta actriz eminente, y puedes llevártela a la cama,

SÓCRATES.- Alcibíades, no me juzgues por ti mismo.

EUMEO.- Mirrina ya tiene libro gracias a Sócrates pero, ¿y yo, qué?

EURÍPIDES.- Yo tengo uno (**Se lo saca.**), pero lo necesito, si voy a ser el narrador.

MIRRINA.- (**A EUMEO.**) Con el mío podemos arreglarnos los dos.

EURÍPIDES.- Bien, escuchadme: todos conocemos la situación: los griegos y los troyanos combaten al lado de Troya, y los griegos van ganando. Héctor, entonces, entra en la ciudad para pedir a su madre que haga ofrendas a los dioses, a ver si así cambia el curso del combate. Antes de salir de nuevo a la pelea, piensa en despedirse de su mujer Andrómaca y de su hijito, por si acaso no los volviese a ver. No los encuentra en su casa, porque han subido a una torre de la muralla para ver desde allí la batalla, pues no soporta Andrómaca la ansiedad que la invade. Los busca Héctor allí, y los encuentra cerca de las puertas

Esceas. **(Lee.)** "Andrómaca, con los ojos llenos de lágrimas, se detuvo junto a su marido y, cogiéndole la mano, le habló de esta manera". **(Señala a MIRRINA.)**

MIRRINA.- ¡Pobre Héctor! Tu propio valor te va a perder. ¿No tienes compasión de nuestro hijo, que pronto quedará huérfano, ni de mí, infortunada, que asimismo quedaré viuda, lo sé, pues los aqueos te acometerán todos a una, deseosos de acabar contigo? ¡Ay de mí! Bien quisiera, si has de morir, morir y o antes, y a que luego no he de encontrar consuelo. A nadie más que a ti tengo ya. A mi padre le mató Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de las altas puertas. También mis hermanos fueron atacados por el impetuoso hijo de Tetis, que los sepultó en el Orco. Mi madre fue llevada como cautiva en el botín, y sólo le devolvió la libertad mediante inmenso rescate, pero no pudo la desgraciada volver a su palacio, pues murió antes de llegar a él. Ahora, pues, Héctor, tú, únicamente tu, lo eres todo para mí: mi padre, mi madre, mi hermano, ¡mi esposo muy amado, en quien todas las ternuras que me están reservadas en la tierra hállanse reunidas! Ten, pues, compasión de mí y de nuestro hijito, y sin exponerte como lo haces a todas las desgracias, quédate en la torre. Desde ella puedes detener la huida de nuestras tropas, y haceros fuertes en esa colina cuajada de cabrahigos, que es por donde más fácilmente se pueden escalar los muros de la ciudad. Los más valientes de nuestros enemigos .los dos Ayaces, Idomeneo, los Atridas y el valerosísimo hijo de Tideo. han intentado ya tres veces abrirse camino por ella con todos sus hombres, alguien que conoce los oráculos se lo ha aconsejado, o tal vez ellos mismos han comprendido que es el sitio más débil.

EUMEO.- Esposa querida, mucho me conmueve y me hace sufrir lo que me dices pero aún sufriría mucho más con sólo las miradas de los troyanos y troyanas si, como un cobarde, huyera del combate. No, ciertamente no es eso lo que mi corazón me dicta; siempre supe ser valiente y pelear en primera fila, manteniendo la gloria de mi padre y la mía misma, y no he de hacer lo contrario ahora. Y no es que mi pecho no lo presenta ni que mi inteligencia deje de comprenderlo, que algo me dice que llegará un día en que perezca la sagrada Ilión y, con ella, su rey y su pueblo. Sin embargo, ni la caída de la ciudad ni la desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba, del rey, mi padre, ni mucho menos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de nuestros enemigos, me importa tanto como el triste y cruel pensamiento de lo que padecerás tú, mi

Andrómaca, cuando alguno de los aqueos te arrastre angustiada y llorosa a Argos, donde, privada de libertad y de alegría, ya para siempre sin mi protección y mi cariño, tengas que ir a la fuente por agua, o tejer bajo la mirada de una mujer rencorosa. Y alguien, quizá al verte en ese estado, aumentará tu dolor diciendo: "Esa fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los troyanos, cuando se peleaba en torno a la bien amurallada Ilión". Y tu desdicha será sin esperanza, sabiendo que ya no vive el hombre que, de alentar, te librarla de la esclavitud. Antes que saberte desgraciada, prefiero que un montón de tierra cubra mi cadáver.

EURÍPIDES.- (Leyendo, mientras los actores miman la acción.) Al acabar de decir estas palabras, tendió los brazos a su hijo, que, llorando espantado, ocultó su carita en el seno de su madre. Se asustó la bella criatura del aspecto que su padre presentaba; le daba miedo el bronce, las armas, la sangre y el polvo que las cubría, el escudo y el yelmo, y, sobre todo, el formidable penacho de crines de caballo que sobre lo alto de éste ondulaba. Sonrieran los amorosos padres, y Héctor se apresuró a dejar el refulgente casco en el suelo. Luego, tomando a su hijo amado en sus manos, y besándole y meciéndole, de este modo rogó a Zeus y a todos los dioses:

EUMEO.- ¡Zeus prepotente, y demás deidades del Olimpo! Concededme que este hijo mío sea como yo, ilustre entre los teucros y muy esforzado; que reine poderosamente en Ilión; que digan de él, cuando vuelva de la batalla: "¡Es mucho más valiente que su padre!" Y que su madre, testigo de tales elogios, cuando le vea venir cargado de despojos tomados al enemigo, sienta la alegría inmensa de tener un hijo esforzado y virtuoso.

EURÍPIDES.- (Como antes.) Puso entonces al niño en brazos de la esposa amada que, al recibirle en el perfumado seno, sonreía con el rostro bañado aún en lágrimas. Vióla Héctor, y emocionado, acariciándola dulcemente con la mano, le dijo así:

EUMEO.- ¡Esposa querida! No se acongoje en exceso tu corazón, que nadie me enviará al Orco antes de lo dispuesto por el hado; por otra parte, piensa que de su suerte ningún hombre se libró, sea cobarde o valiente. Vuelve, pues, tranquila a casa, ocúpate, como de costumbre, en las labores del telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, que de la guerra nos ocuparemos cuantos varones nacimos en Ilión, y yo el primero.

EURÍPIDES.- Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a la casa, volviendo de cuando en cuando la cabeza sin poder contener sus lágrimas. **(Cierra el libro.)** Y, con esto,

podemos dar por representado el pasaje en cuestión.

(SÓCRATES y ALCIBÍADES aplauden tibiamente.)

SÓCRATES.- Muy bien, muy bien. Habéis aligerado un poco algún parlamento...

ALCIBÍADES.- Si, yo también lo he advertido.

MIRRINA.- Yo he cortado un trozo que era demasiado narrativo y detallado, y lo he resumido.

EURÍPIDES.- Si, el teatro no soporta las digresiones demasiado prolijas. Has hecho bien.

EUMEO.- Claro está que esto queda un poco cojo si no se ve lo que les ocurre a la madre y al niño al final de la guerra, pero eso ya está en la obra que estrenaremos esta noche, y entonces todos verán que los vencedores tirarán al niño desde lo alto de esa misma torre, y su madre quedará como esclava del botín de guerra.

SÓCRATES.- Pero tú, en "Las troyanas", no podrás hacer el papel de Héctor, que entonces ya estará muerto. ¿Qué personaje vas a interpretar?

EUMEO.- El prudente Ulises, y a lo dijo antes Eurípides.

ALCIBÍADES.- ¡Pues, a ver si te luces!

EURÍPIDES.- Se lucirán todos, ya lo veréis. Han trabajado mucho.

ALCIBÍADES.- ¡Vaya, tomad un trago de vino, que se os habrá secado la boca!

MIRRINA.- ¡Ay, si, yo tengo una sed tremenda!

SÓCRATES.- Es que, en este tiempo de verano, hace mucho calor.

ALCIBÍADES.- Es cierto, maestro. ¡Y, en invierno, hace frío!

SÓCRATES.- ¿De veras, Alcibíades?

ALCIBÍADES.- Perdóname, Sócrates, y achaca mi broma al gozo que hay en mi corazón.

SÓCRATES.- Te sientes feliz porque mañana partirás en misión de combate, ¿no es así?

ALCIBÍADES.- ¡Has dado en el blanco, por Apolo!

EUMEO. ¡Qué vino tan excelente!

MIRRINA.- ¡Es una maravilla!

SÓCRATES.- ¡Del templo de Dyonisos!

MIRRINA.- ¿Puedo tomar otro poquito?

ALCIBÍADES.- Podéis tomar todo cuanto queráis, ya veis que la crátera es grande.

EUMEO.- ¡Qué suerte! (**Llena de nuevo su gran copa.**)

EURÍPIDES.- A ver si os vais a emborrachar, y esta noche tenemos un disgusto.

SÓCRATES.- Volviendo a lo de antes, Alcibíades: tras ver la ternura de ese cuadro de la Ilíada, ya no puede quedarnos duda alguna de que el principal móvil de "Las troyanas" es provocar la compasión por los vencidos, y no el entusiasmo por los vencedores, como tú pretendías. ¡No se encenderá esta noche el furor bélico contra Siracusa!

ALCIBÍADES.- ¡Bah, qué importa! El mismo público que esta noche llorará por los troyanos, mañana acudirá al puerto a despedir a la flota, pidiendo que incendiemos a Siracusa y pasemos a cuchillo a todos sus habitantes sin respetar sexo ni edad.

CALCAS.- (**Entre el público.**) ¡Ay de ti, Atenas! ¡Ay, de tu ejército!

ALCIBÍADES.- ¡Cómo! ¿Quién es ese?

(Se adelanta. haciéndose ver, un actor que representa al adivino CALCAS, vestido de hierofante, con un gran báculo y su máscara trágica.)

SÓCRATES.- ¿Es algún actor de vuestra compañía?

EURÍPIDES.- No, me parece que no,

ALCIBÍADES.- ¿Quien eres, amigo, y a qué vienes?

CALCAS.- ¡Ay, de Atenas! ¿Que quien soy yo? ¡Yo soy Calcas! ¡Calcas, hijo de Téstor! ¡Apolo me dio la facultad de ver en el incierto futuro y predecir lo que aún no ha sucedido! Y esa facultad me impulsa a deciros: ¡ay de vosotros, atenienses! ¡Vuestra locura os lleva a encender de nuevo la guerra! ¡En ella pereceréis! ¡Ay de la flota, ay de los tripulantes!

MIRRINA.- ¡Qué horror!

EURÍPIDES.- No tiene gracia, no.

ALCIBÍADES. Por supuesto que no tiene gracia, no disimules. Esto lo has preparado tú, con un actor tuyo.

EURÍPIDES.- Por Apolo te juro, Alcibíades, y por la pálida Hécate, que nada tengo yo que ver en esto, ni sé quien es este hombre, ni qué es lo que quiere.

CALCAS.- ¿No sabes quien soy? ¿Acaso no lo he dicho? ¡Soy Calcas Testórida, y vaticino el porvenir y las desgracias de Atenas!

SÓCRATES.- Pero, amigo, ¿Calcas no murió en el bosque de Claros, cuando Mopso, el hijo de la divina Manto, le propuso enigmas que no pudo descifrar?

ALCIBÍADES.- Si no eres un actor de teatro, serás sin duda algún partidario de Nicias que ha bebido más de la cuenta.

CALCAS.- ¡Ay de Nicias, oscuramente degollado después de preso por sus enemigos!

ALCIBÍADES.- ¡Feliz profecía! ¿Y a mí, qué me ocurrirá, ilustre adivino?

CALCAS.- ¡Veo a millares de soldados atenienses presos en Siracusa! ¡Los veo desnudos, concentrados en las grandes

canteras de piedra que ellos llaman latomias, ahora convertidas en campos de prisioneros! El sol de Sicilia les abre llagas, el hambre les hace enflaquecer como esqueletos, y apenas pueden beber el agua inmundada de alguna vieja cisterna llena de ovas y barro. Cada día mueren a centenares, y son sepultados en grandes fosas donde los cuerpos amontonados se cubren con una capaz de cal antes de echar la tierra. ¡Ay, ay, de Atenas! ¡Ay de tus soldados, que partirán cantando en las veloces naves sin saber que son contadísimos los que escaparán de la negra muerte! ¡Ay del ejército, ay de sus jefes! ¡Ay de Nicias, ay de Lámaco, ay de Demóstenes!

ALCIBÍADES.- ¿Y de mí, qué va a ser? ¡A mí no me has citado! ¿Tendré, acaso, mejor fortuna?

CALCAS.- A ti te veo en Esparta, sentado a la mesa del rey Agis, disponiendo la guerra contra Atenas.

ALCIBÍADES.- (Le agarra por el pescuezo.) ¡Miserable, embustero! (Le da unos puntapiés, y le quita la máscara.) ¡Fuera esa máscara, que veamos tu cara de perro! ¿Quién eres, di? ¿Un criado de Nicias? ¿Un borracho, pagado por alguien? (Le quita el báculo, y lo apalea con él.) ¡Vamos, Calcas, hijo de Téstor, di quien te pega! ¡Dilo!

CALCAS.- ¡Ay! ¡Ay!

SÓCRATES.- (Sujetando a ALCIBÍADES..) Déjalo, Alcibiades, no sigas. Será un pobre loco, no hagas caso.

ALCIBÍADES.- (Resistiéndose a renunciar el vapuleo.) ¡Un loco, sí, pero pagado por alguien!

EURÍPIDES.- ¡Qué horrosas desgracias ha predicho!

MIRRINA.- ¿No estará inspirado por Apolo?

EUMEO.- ¡El vino, es quien le inspira!

ALCIBÍADES.- ¿Tú qué dices, Sócrates? ¿Es un tonto, o un granuja?

SÓCRATES.- ¿Qué importa? Los augurios tienen ahora poco crédito.

(El augur escapa, renqueando.)

XANTIPA.- (Desde el público.) ¡Tú si que tienes poco crédito, haragán!

SÓCRATES.- ¡Dioses, mi mujer!

XANTIPA.- ¿Qué haces ahí, con ese libertino de Alcibíades, y con la gentuza del teatro?

MIRRINA.- (A SÓCRATES.) Pero, ¿quien es esa horrible mujer?

SÓCRATES.- (Algo avergonzado.) Es Xantipa, mi esposa. Tiene un genio algo vivo, pero no es mala...

MIRRINA.- ¡Qué horror!...

XANTIPA.- ¿Qué horror? ¡Yo soy una mujer casada y decente. ¿Y tú? ¿quién eres tú, que estás ahí, bebiendo en público con hombres casados? ¡Sócrates está casado, hermosa, y Alcibíades también!

MIRRINA.- ¡Oh, qué mujer, por Atenea virgen! ¡Qué ordinariiez!

EUMEO.- ¡Ssst! Calla, Mirrina, no la exasperes más.

XANTIPA.- ¿Qué dices, cortesana de calles, pública borracha? ¿Qué dices tú, ramera? ¿Quien es la ordinaria, di?

SÓCRATES.- Basta, basta, Xantipa, te lo ruego. Depón tu enojo, esposa mía.

EURÍPIDES.- Nosotros nos vamos, que tenemos que ensayar todavía algún pasaje. Que los dioses os bendigan a todos y os sean propicios. Vamos, Mirrina; Eumeo, vamos. Pasad un buen día, amigos.

ALCIBÍADES.- Pasadlo bien.

SÓCRATES.- Ya os veremos, en el teatro.

(Se marchan EURÍPIDES, EUMEO y MIRRINA.)

XANTIPA.- ¿Quien les va a ver en el teatro? ¿Eh? ¿Acaso tú, viejo inútil? ¡Nada de teatro! ¡En tu casa, con tu mujer y tus hijos, es donde tienes que estar! ¡En tu sitio!

ALCIBÍADES.- Ven, Xantipa, amiga mía, prueba este vino, que es un néctar divino que procede de un templo.

XANTIPA.- ¿De un templo? Viniendo de ti, procederá más bien de un lupanar.

ALCIBÍADES.- Bebe una copa y, si lo encuentras bueno, bebe cuanto quieras, que se ablande tu corazón y dejes a tu marido ir al teatro.

XANTIPA.- Yo, si bebo, lo hago en mi casa para que nadie me vea, no en la calle, que soy una mujer decente, amigo, no como otras. Y lo de que mi marido vaya al teatro, por las Dos Diosas te juro que, si va, lo hará conmigo, llevándome del brazo como a su mujer legítima y honrada, no con una panda de amigotes borrachos como tú, dejando a tu mujer en casa. ¿Me has oído, inútil? Me tendrás que llevar esta noche al teatro, si es que quieres ir. ¿Me oyes, o no?

SÓCRATES.- Te oigo, mujer, te oigo.

ALCIBÍADES.- ¿Te pondrás tu túnica de color azafrán?

XANTIPA.- Me pondré la única que tengo. Si este tonto cobrara dinero por sus enseñanzas como hacen todos, alguna más tendría. ¿Cómo tendrá toda Atenas por sabio a un hombre tan estúpido?

SÓCRATES.- Anda, Xantipa, vámonos a casa. Pásalo bien, Alcibíades.

(Se marcha con XANTIPA)

ALCIBÍADES.- Sed dichosos, hasta la noche. Yo también me voy a la mía, quiero prepararme para la velada teatral (**Al público.**) Amigos míos, os saludo y me marcho. Aún hay vino en la cratera, os lo dejo para que bebáis en honor de Marte, que nos dará la victoria en Siracusa. Que los dioses os acompañen siempre, ciudadanos, y no olvidéis que esta noche tendréis que ir al teatro, pues lo que allí vais a ver, ocurrió hace mucho tiempo, pero se repite continuamente, y se seguirá repitiendo por los siglos de los siglos, así que no hay duda de que os interesa. En el teatro nos veremos, ¿de acuerdo? Pasadlo bien. (**Se marcha.**)

FIN